



## LOS VIVOS Y LOS MUERTOS

**Ignacio García May**



*A Alfonso Armada, corresponsal de paz.*

Allons! La marche, le fardeau, le désert, l'ennui et la colère  
ARTHUR RIMBAUD, *Mauvais, sang*

Reflexioné sobre los hombres. Dios los prueba para demostrar que, en sí, son como animales. Porque una misma es la suerte de los hombres y la de los animales: la muerte de unos es como la de los otros.

*Eclesiastés, 3-18/19*

# Fragmento

---

**PERSONAJES:**

GRIFFIN

ENVER

HVEBERG

TREMOLEDA

ROSWELL

FUCHS

*(Cuatro hombres vivaquean en torno a una lámpara Coleman y a los pies de la mole descomunal de una ruina pétrea. La ruina consiste, esencialmente, en un muro gigante sobre el cual, siglos atrás, se talló un friso. Pese al arañazo del tiempo y de la arena, aún es posible distinguir sobre el muro las siluetas de un arquero y una leona herida. El friso podría ser egipcio, griego o babilónico, tanto da; acaso de alguna cultura aún no censada por los arqueólogos.*

*La cuestión, en última instancia, resulta irrelevante. Al fin y al cabo los hombres han sido siempre iguales.*

*A través de algunos huecos en el muro se adivina la presencia del mar. El sonido del oleaje es amable, arrullador.*

*Griffin es un individuo cincuentón, de estatura media y complexión fuerte.*

*Enver es moreno y muy delgado, y se deja crecer, sobre el labio superior, un bigotito transparente. Hveberg, alto y muy rubio, casi albino.*

*Tremoleda es algo más joven que sus acompañantes, fuerte, fibroso.*

*Hveberg y Tremoleda llevan ese chaleco sin mangas y lleno de bolsillos que, por todo el mundo, uniformiza a los fotógrafos de guerra.)*

GRIFFIN.— No estoy de acuerdo: todos hemos bebido arak en alguna ocasión. No podemos aceptarlo como verdaderamente “raro”. Incluso se puede conseguir en Europa con relativa facilidad.

HVEBERG.— Yo sí he bebido algo extraño de verdad: cerveza de banana, en Panamá.

TREMOLEDA.— Tampoco vale: puedes comprar licor de plátano embotellado en cualquier super de Madrid.

HVEBERG.— No, no: he dicho “cerveza” de banana. Cerveza, con su espuma y todo.

GRIFFIN.— ¿Cerveza?

HVEBERG.— Cerveza, y no me preguntéis cómo se hace porque no tengo la más puta idea. Pero sabe a banana y sabe a cerveza, y no hay que confundirlo con el licor.

ENVER.— ¿Y dices que fue en Panamá?

TREMOLEDA.— Conociendo a los panameños creo que te hicieron beber meados de mono.

*(Ríen los cuatro.)*

HVEBERG.— Es exactamente lo mismo que pensé yo, pero os juro que parecía una Carlsberg, Carlsberg con sabor a banana, lo juro.

TREMOLEDA.— En cualquier caso no me parece especialmente raro. Yo

---

tengo algo: agua de setas.

ENVER.— ¡Pero qué cojones de estómago tenéis! Yo nunca pruebo esas marranadas.

HVEBERG.— Tú no eres un reportero.

TREMOLEDA.— Escuchad esto: fue en el norte de México y lo hacía un viejo con setas alucinógenas. Yo me dije: ¡Magnífico! Un poco de química extra para el cerebro. Le pregunté: ¿es peyote? y el viejo: no, nada de peyote. Yo: ¿qué cojones es? ¿Cómo se llama? Y él: agua de setas.

GRIFFIN.— ¡Agua de setas!

TREMOLEDA.— Agua de setas, sí señor. Y yo: ¿es bueno? Y el viejo: muy bueno. Yo: ¿Coloca? Y el viejo: coloca.

HVEBERG.— ¿Colocaba?

TREMOLEDA.— Espera, ahora voy. El caso es que el tío me hace levantarme con los conejos, de madrugada, a buscar las setas. ¿Es importante la hora a la que se recogen?, le pregunto. Muy importante, dice. Y yo: magia, antropología salvaje, excitación, ya sabéis. Así que después de varias horas caminando por aquel desierto asqueroso que tienen allí recoge tres setas.

ENVER.— ¿Sólo tres?

TREMOLEDA.— ¡Tres putas setas como la uña de mi pulgar! ¡Tres setas de mierda! Y luego las sumerge en un vaso de agua. ¿Es importante que el agua sea de manantial? Y el viejo cabrón: muy importante. Pone las setas en remojo y las deja ahí durante todo el día, achicharrándose. A la noche le pregunto: ¿Podemos beber ya? Y él: mañana. ¡Joder! ¿Mañana? Y el viejo, impertérrito: mañana. El viaje promete y ya me veo de Castaneda total, alucine supremo. Casi no duermo, claro. Al día siguiente me levanto y le digo: ¿puedo beber ya? Y él: sí, bebe.

ENVER.— ¿Y bebiste?

HVEBERG.— ¿A qué sabía?

TREMOLEDA.— Un momento, un momento: bebo. Sabe a agua de fregar, vomitivo. Pero ya se sabe que los brebajes indígenas son así, de modo que me lo trago sin chistar. Espero. No pasa nada. Sigo esperando. Nada. Y entonces, cuando estaba a punto de mosquearme...

HVEBERG.— Saliste disparado.

ENVER.— ¿Tuviste alucinaciones?

TREMOLEDA.— No: tuve diarrea. ¡El hijo de puta del viejo cabrón me había dado un laxante! Me estuve cagando cuatro días seguidos.

*(Ríen todos.)*

TREMOLEDA.— ¡Agua de setas!

GRIFFIN.— (*Mirando su reloj de pulsera.*) De todas formas tampoco nos valía. Habíamos dicho bebidas alcohólicas, y aquí no hay alcohol por medio. (*A Tremoleda, por el reloj.*) ¿Va bien esta mierda?

TREMOLEDA.— Va perfectamente.

GRIFFIN.— No quiero que se me pase la llamada.

TREMOLEDA.— ¡Joder, Grif, yo te aviso! ¿Vale?

*(Alguien se acerca en ese momento por el camino. Lo primero que vemos es el haz de una linterna. Luego aparecen Roswell y Fuchs. Roswell es grande y torpe. Fuchs casi un crío.)*

TREMOLEDA.— (*A Roswell.*) Pero, ¿se puede saber dónde te has metido?

ROSWELL.— ¡Eso mismo pregunto yo! Llevo una hora dando vueltas para encontrarlos.

HVEBERG.— No nos hemos movido de aquí desde el ataque de esta tarde.

GRIFFIN.— (*Maligno.*) Él no estuvo durante el ataque, así que no podía saberlo.

ROSWELL.— He ido al aeropuerto a buscar a Fuchs.

FUCHS.— Hola.

ROSWELL.— Dejadme que os presente. Hveberg, de la AP. Tremoleda, de Magnum. Enver, que está aquí con Médicos del Mundo, y Griffin, de la BBC.

*(Cada uno de ellos saluda al chico por turnos.)*

ROSWELL.— Fuchs está prácticamente de bautizo.

HVEBERG.— ¿Tu primera guerra, chaval?

FUCHS.— Sí: pero he corrido en muchas manifestaciones.

ROSWELL.— No le hagáis caso: es suizo.

HVEBERG.— En Suiza sólo se corre a los bancos, ¿no?

TREMOLEDA.— ¿Habías estado antes en África?

FUCHS.— En esta parte no. Conozco Tánger y El Cairo.

GRIFFIN.— ¿Fuiste allí de vacaciones?

FUCHS.— (*Un poco avergonzado.*) Bueno... sí.

ROSWELL.— Él no os lo va a decir, pero es un fotógrafo cojonudo. Viene a sustituir a Taro.

TREMOLEDA.— (*Con muy mala idea.*) ¿Taro? ¿No es ése que pisó una mina?

HVEBERG.— (*Igual.*) El que perdió las dos piernas y un ojo, sí.

FUCHS.— ¡Joder!

---

ROSWELL.— Taro está perfectamente bien y de vacaciones en Florida. ¡No dejes que te acojonen, Fuchs!

GRIFFIN.— Si hubieras llegado antes habrías podido retratar una fiesta de primera.

FUCHS.— ¡Ah! ¿Sí?

GRIFFIN.— Los revolucionarios de Mangasha Ubie hicieron un ataque aéreo. El chiste es que no tienen aviación.

*(Fuchs se queda a la expectativa, pensando que se trata de una broma.)*

GRIFFIN.— No, no, es en serio: carecen de aviación propia, quiero decir, pero tienen seis o siete biplanos de hélice que pertenecían a la colección del sultán.

TREMOLEDA.— El hijo de Satanás coleccionaba aviones antiguos y coches de carreras, antes de que pasara todo esto, claro. Por cierto, Grif, ¿sabes que uno de esos trastos que hemos visto esta tarde era un Cr-32 que perteneció a Italo Balbo?

GRIFFIN.— ¡No jodas! ¿Cuál de ellos?

TREMOLEDA.— El último de la formación. Seguro que esos animales ignoran el valor que tiene.

GRIFFIN.— Un avión de Balbo: ¡Genial!

FUCHS.— Pero, ¿qué fue lo que pasó?

GRIFFIN.— Pues que no se les ocurrió otra cosa que bombardear la ciudad con esas antiguallas.

HVEBERG.— ¡Como atacar con bicicletas una muralla!

ENVER.— ¡O como tirar a pedos un bunker!

GRIFFIN.— Casi nos matan a todos, pero de risa. Como volaban muy bajo no los detectaron hasta que estuvieron sobre nuestras cabezas. Iban dos tíos en cada avión: uno de piloto y el otro arrojando granadas por la borda con las manos. La mayoría explotaba antes de tocar tierra. Un desastre...

TREMOLEDA.— Había un Verville-Packard 600 impecable, y un Lohner B-VIII que era milagroso que se mantuviera en el aire. ¡Como si estuvieran rodando una película de la Primera Guerra Mundial!

ENVER.— *(A Fuchs.)* Tremoleda es muy detallista.

FUCHS.— Ya veo.

GRIFFIN.— El caso es que una de las granadas acertó, por puro accidente, en un camión militar. En ese momento los de abajo se dieron cuenta de que la cosa iba en serio. El oficial que iba en el camión se salvó por los pelos, aunque a sus chicos los achicharraron.

HVEBERG.— La vida nunca ha sido igual para los oficiales que para la tropa.

GRIFFIN.— He ahí una gran verdad. El tipo se puso furioso y consiguió rescatar, de entre las ruinas del camión, un lanzacohetes ligero. (A *Tremoleda*.) Una monada rusa, ¿eh?

TREMOLEDA.— Checa.

GRIFFIN.— Es igual. Estaba aún medio empaquetado. Para entonces, los antiaéreos ya estaban dando guerra y pulverizaron a una de las carracas voladoras. Volatilizada, ¡Bum!, como si jamás hubiera existido. La formación se dio cuenta del berenjenal en que se habían metido y emprendieron la huida, eso sí, dejando caer aún los explosivos.

HVEBERG.— También se cayó un piloto.

GRIFFIN.— ¡Ah, sí! Pero no fue un piloto, sino uno de los bombarderos. El muy gilipollas no debía llevar atado el cinturón de seguridad, y cuando el avión hizo un “looping” para largarse el moro cayó dando alaridos.

HVEBERG.— (*Levantando su Nikon*.) Todo está aquí.

GRIFFIN.— A todo esto el oficial había cargado un cohete en su armatoste checo y apuntó hacia la fila de biplanos que se largaban a toda prisa. Resulta que el lanzacohetes estaba deteriorado o es que nadie le había enseñado cómo usarlo, porque le reventó en las manos. Medio oficial para un lado de la calle y otro medio para el lado opuesto. A Hveberg se le jodió una de las cámaras con la onda expansiva y yo rodé varios metros por el suelo. (*Se rasca la camisa a la altura del hombro izquierdo*.) Esta mierda que ves aquí pegada es un trozo de sesos del gilipollas.

ENVER.— Quedó hecho papilla. Te lo garantizo. Otro oficial me gritaba: ¡Haga algo! ¡Haga algo! Y yo le respondía: Pero, pedazo de cabrón, ¿no ves que no han dejado ni dos centímetros completos? Y el oficial: usted es médico, ¡Haga algo! ¡No te jode! ¡Yo soy médico!, le aullé, ¡Lo que necesitas es al puto Jesucristo!

TREMOLEDA.— No te entendió, Enver. Es musulmán.

ENVER.— También yo soy musulmán, joder. Soy médico, y soy musulmán, pero no hago milagros.

HVEBERG.— Al menos podías haberte acercado al cadáver, no sé, a echarle un ojo de cerca, coño, que pareciera que te importaba.

ENVER.— Estoy aquí en misión humanitaria, así que no me toques los cojones, ¿estamos? No soy enterrador, no soy el puto Jesucristo, no soy el puto Doctor Frankenstein, ¿vale?

HVEBERG.— (*A Fuchs*.) Enver es genial poniendo tiritas.

ENVER.— (*A Hveberg*.) ¡Vete a tomar por culo!

GRIFFIN.— (*Conciliador*.) Bueno, pues ésa ha sido la gran batalla de hoy. Exactamente siete minutos y medio de duración. Ocho muertos, los dos

---

del avión reventado, el imbécil que se cayó por la borda, el oficial y sus hombres del camión. Pura épica. Homero, ¿eh?

HVEBERG.— Pero las fotos son buenas.

GRIFFIN.— Si no fuera por las cámaras nos tomarían por locos. Así son estas guerritas africanas, chaval. Un disparate. Divertidas.

TREMOLEDA.— Yo las prefiero a las grandes campañas. Cuando entran las superpotencias se jode todo. (*Recuerda.*) Estuve con los americanos en Irak. Un aburrimento. Información controlada, buenas comidas, alojamiento de primera, incluso nos ponían películas por la noche en el campamento. ¡Un coñazo!

GRIFFIN.— No creo que Roswell esté de acuerdo contigo.

ROSWELL.— (*Con fastidio.*) ¿Vamos a tener lección magistral?

GRIFFIN.— (*A Fuchs, malvado.*) Hay un novato, y los novatos tienen que aprender. ¿No crees, chaval?

TREMOLEDA.— Oye, Grif, venga, déjalo, no empieces...

GRIFFIN.— (*A Fuchs.*) Verás, hay dos tipos de reportero, el de primera línea y el de hotel.

ROSWELL.— (*Casi sonriendo.*) Eres un maldito hijo de puta, Griffin.

GRIFFIN.— (*A lo suyo.*) Se reconoce al reportero de hotel porque, cuando empiezan a sonar los disparos, echa a correr en dirección contraria.

ROSWELL.— ¡Joder!

GRIFFIN.— El reportero de verdad oye los disparos en la calle porque ya está en ella. ¿Me sigues?

FUCHS.— Eh... sí...

ROSWELL.— ¿Alguien tiene el mando a distancia para callar a este gilipollas?

GRIFFIN.— Se mete en el fregado y ve lo que haya que ver y hace lo que tenga que hacer, y luego regresa al hotel o a veces no regresa, claro, y cuando va a tomar una copa se da de narices con el otro, el reportero de hotel que se llama así porque no sale del hotel. Clarito, ¿no?

TREMOLEDA.— ¿Qué tal si...?

GRIFFIN.— Y entonces el puto reportero de hotel que se acaba de dar una ducha y lleva un Tom Collins en la mano, bien fresquito, sale y te pregunta qué tal y te habla de sociopolítica y de geopolítica y de la madre de todas las batallas...

FUCHS.— Ya veo. Yo creo que...

ROSWELL.— ¿Hemos terminado ya con la lección?

GRIFFIN.— (*Igual.*) Los reporteros de hotel aceptan con gusto las reglas del pool, porque resulta más cómodo. ¿Sabes lo que es el pool?

FUCHS.— En fin, el...

GRIFFIN.— El pool es el grupo de los elegidos, chaval, pero los elegidos por

el gobierno de turno. Les llevan de la manita, de aquí para allá, y les enseñan lo que quieren enseñarles, y les facilitan las comunicaciones para que luego puedan contar sin problemas la versión oficial.